

EN LA MUERTE DE QUINTANA: 11 DE MARZO DE 1857

VERSOS DE CAROLINA CORONADO Y PALABRAS DE EMILIO CASTELAR



El poeta Quintana.

EN la primera plana, primera columna de "La Discusión", periódico diario de gran circulación en esta villa, y al cual puede uno suscribirse en la carrera de San Jerónimo, viene el 11 de marzo de 1857, miércoles, por más señas, la esquila de don Manuel José Quintana, el poeta que Isabel II, Reina de España, ha coronado hace un par de años con la máxima pompa y esplendor.

Fué en el Senado y un 23 de marzo, a las dos de la tarde, con el "todo Madrid" en las tribunas. Día de lluvia y versos y palabras reales de Isabel, quien, al imponer la corona al poeta, dijo cómo se asociaba al homenaje como Reina y "como discípula".

Pero ahora quedan un poco lejos estos recuerdos, la noticia de que para tal ceremonia el poeta se hizo un frac, del que cuentan su biógrafos que dejó sin pagar por falta de numerario. Quedan lejos las horas gloriosas, y hemos de volver al recuerdo de la triste fecha en que deja este mundo y de la cual se cumplen ahora los cien años cabales.

A poco de su coronación, Manuel José Quintana empezó a perder la poca salud que ya tenía para entonces; cada día que pasaba va a peor, y el 16 de febrero agravóse de tal forma, que el doctor que le asistía dijo que ya era poco lo que quedaba por hacer. Fué el mismo Quintana, sin que nadie se lo dijera, quien pidió confesión, a la vez que solicitaba de su hermana política, con la que vivía en la calle de Pontejos, 1, que avisase a la parroquia que le trajeran el Santo Viático, el

cual le administró el teniente mayor de la parroquia, don Francisco Javier Astor, que fué a ple y no en el coche de Palacio que la Reina le había enviado. Don Manuel José quiso que todo transcurriera de modo sencillo, y por eso el sacerdote marchó a pie desde la iglesia a la casa.

En sus últimos días, en los cuales conservó toda lucidez, el poeta conversaba a las tardes con su cuñada, doña Leonor Brodet, viuda de su hermano José; con la poetisa Carolina Coronado, con la marquesa de Cerralbo y otras ilustres damas.

Por la mañana exhaló su último suspiro el poeta, que al rato fué amortajado con el frac que lució el día de la coronación en el Senado, ese frac del que se cuenta que se marchó a la tumba sin pagar.

A las tres de la tarde, salió el entierro de Pontejos, 1, camino de la Patriarcal. No acudió ningún ministro, cosa que a los periódicos de la época les pareció mal, y si mucha gente del teatro, la Prensa y de las Reales Corporaciones a que pertenecía el finado, que eran la Española y la de Bellas Artes, amén de aristócratas, políticos y buena gente del pueblo de Madrid, que tenía gran admiración por el poeta.

Largo viaje a la Patriarcal. Quedaron fuera los coches en espera de sus dueños para reintegrarlos a Madrid, y llegó el cortejo precedido por el sacerdote ante la tumba. Antes de bajar el féretro se adelantó hacia él, envuelta en velos negros, la poetisa Carolina Coronado, para con voz suave y rota de emoción recitar un poema:

... ..
duelo en el corazón... llanto en los ojos...

terminaba aquél.

Pero hubo más versos todavía: los versos de Navarro Rodrigo, leídos por Manuel Fernández y González; la "Oda a la Imprenta", de Quintana, leída por el periodista Calvo Asensio; por último, la brillante palabra de don Emilio Castelar, en medio de un natural y "sepulcral" silencio: "El cantor de la imprenta, del mar, de América, de la Independencia, de la libertad, de todo cuanto hay de bello en la creación." Luego, las gentes ilustres y humildes que habían acudido al fúnebre acto dieron el pésame a sus sobrinos para regresar a Madrid. Unos al Senado, otros al Congreso, otros al café, algunos a trabajar, y los que quedaban a ver "El Trovador", que "echaban", y con singular éxito, en el teatro del Príncipe.

Juan SAMPELAYO



Carolina Coronado y D. Emilio Castelar, íntimos amigos del poeta.

